

## 071. Un culto completo a Dios

¿Sabemos lo primero que hacen las revoluciones ateas o antividinas? No falla nunca: lo primero en que se ocupan es en destrozarse o suprimir todo lo que signifique culto a Dios. No queda una iglesia en pie, pues todas paran en cenizas por el fuego y en ruinas por la piqueta, o se las convierte en teatro, almacén, o lugar de diversión... No se ve en adelante una cruz alzada en alto, ni una imagen que suscite y atraiga la piedad de los creyentes... Después, ya no se oirá el repicar alegre de las campanas invitando a la oración, ni se podrá ver un emblema religioso por las calles, como el hábito de una monja inofensiva...

Quitados todos los signos de culto a Dios, pronto se eliminará también de la sociedad la noción del mismo Dios. El Dios del cielo se quedará allí, en el cielo donde tiene su trono, pero no podrá bajar a la tierra a posarse entre nosotros sus plantas divinas...

Todas las revoluciones han sido iguales. Y si por un pudor hipócrita quieren defenderse, dicen que todas esas manifestaciones no son necesarias para la fe en Dios, porque *Dios quiere ser honrado en espíritu y en verdad* —así, con este descaro, roban unas palabras sagradas de Jesucristo—, de modo que el culto de Dios debe ser suprimido de la sociedad.

Contra ese odio antividino, contra esa hipocresía, contra esa profanación, se alza siempre la fe de los creyentes, la nuestra, y confesamos paladinamente que sí, que a *Dios le tributamos el culto en espíritu y en verdad*, en lo más profundo de nuestro ser, porque nuestro pensamiento y nuestro corazón no se apartan del Dios vivo, por el que suspiramos como la cierva por las corrientes de agua viva. Pero no por eso suprimimos las señales externas de piedad. Alguna otra vez hemos traído ya los casos conocidos de personajes insignes.

Un hombre de ciencia, Fundador de la Facultad de Medicina en Egipto (Clot Bay), va por las calles de una gran ciudad francesa y ve pasar al sacerdote con el Viático. Se detiene, se descubre la cabeza, hace reverencia al Santísimo en profunda adoración, y uno de sus discípulos exclama entre broma y desprecio:

- Pero, señor Profesor, ¿usted cree en eso, y eso adora?

Y el hombre sabio y fiel cristiano:

- Sí, creo, y lo adoro. Porque yo creo en el amor de un Dios que así se nos da.

Y otro Profesor eminente en dos Universidades italianas, forma en la procesión del Corpus llevando el cirio. Comentarios burlones:

- ¿Y Usted se atreve a hacer eso, desprestigiando así a la Universidad?

A lo cual responde el Profesor:

- En vez de denigrar a la Universidad, digan que la Universidad se ha honrado grandemente inclinándose por mí ante su Dios (Beato Contardo Ferrini)

Ya lo vemos: la impiedad, siempre al ataque contra Dios. La piedad cristiana, siempre confesando a Dios sin respeto humano. Y lo ha confesado con un culto interior, del corazón, en una relación personal entre Dios y el alma sola.

Pero lo ha confesado también con el culto externo, el que se le rinde a Dios con todo el ser, porque somos en una pieza cuerpo y espíritu.

¿Tiene importancia esta convicción de nuestra fe en los días que vivimos? Sí, la tiene, y mucha.

Porque, sin esperar a que nos veamos envueltos en una revolución antirreligiosa, se nos murmura mucho a nuestro lado que sobran todas esas manifestaciones de culto. Y se nos dice:

que hay bastante con una Biblia sobre un atril;

que basta, en el mejor de los casos, el Sagrario en un rincón de la iglesia, y no el más privilegiado;

que las imágenes están de más, y que las procesiones estorban del todo.

Un Papa moderno, tan autorizado y respetado por todo el mundo, por católicos y no católicos, como lo fue Pío XII, nos lo decía claramente:

*- El culto que la Iglesia rinde a Dios debe ser interno y externo, porque así lo reclama la naturaleza del hombre, compuesto de alma y cuerpo. Además, el culto divino debe ser también social, lo cual es imposible sin manifestaciones externas (Mediator Dei)*

Los Angeles, en el Cielo, no le rinden a Dios más que un culto espiritual, porque no poseen un cuerpo como nosotros.

Mientras que nosotros, como Jesús —que tenía el mismo cuerpo que los hombres sus hermanos—, sabemos rendirnos en la oración como Jesús en el Huerto; sabemos respetar el templo, de modo que el Señor no se vea obligado a echarnos de él a latigazos; sabemos adorar el Santísimo y venerar una imagen; sabemos llevar al pecho un Crucifijo o la medalla de la Virgen...

Sabemos, sobre todo, agruparnos en la Iglesia para tributar a Dios el culto que le es debido por nosotros como comunidad, y exteriorizar nuestra fe con oraciones, con cantos, con nuestras rodillas o con el aplauso de nuestras manos...

Si la revolución puede atacar a Dios abiertamente, lo hace con todo descaro. Cuando no puede, como en nuestras Repúblicas demócratas, lo hace de una manera no violenta, pero quizá más sutil y perniciosa: atacando el culto de modo que no se manifieste externamente. De esa manera se va haciendo desaparecer poco a poco la idea de Dios.

¿Cuál es, entonces, nuestra actitud cristiana? Le decimos a Dios: ¿Un cuerpo me diste? ¡Un cuerpo te rindo, lo mismo que te rindo mi alma!...